

Año 1898: Llamada de esperanza a una regeneración pedagógica de España

Por Alberto del POZO PARDO

LA DECADENCIA DE ESPAÑA Y EL DESASTRE

El año 1898 representa en la historia de España una importante llamada de atención a la conciencia nacional, donde se entremezclan desalientos de pesimismo y gritos de esperanza.

En la línea de Valentín Almirall, primer inspirador del nacionalismo catalán («Lo Catalanismo», 1885; «Regionalisme i Catalanisme», 1885-1904) tenemos que situar a Pompeyo Gener (1), que ve en el problema de la decadencia un auténtico problema racista. Los pueblos que en la Península pertenecen a la raza aria, no se contentan con pedir regeneración: aspiran a una personalidad propia y proclaman «su derecho a ser autónomos»... «Los demás se quejan, pero sufren, pues, en el fondo se hallan bien en el estercolero en que están tendidos».

Gráfica expresión de lo que en aquellos momentos representaba, por una parte, el sentimiento de decadencia, y por otra, la posibilidad de un renacimiento realista, fundado en desiguales circunstancias raciales.

Según Gener, la mayoría de España era incapaz de un «progreso a la moderna», por su predominio de elementos semíticos; en esa zona prevalecía la tendencia a la morosidad, la mala administración, el desprecio del tiempo y de la vida: «lo único que se generaliza aquí y muy frecuentemente es la milagrería» (2). Sólo en las provincias del Norte y del Nordeste es posible esperar el desarrollo de una cultura como la de las naciones indogermanas. Y presenta un programa regenerador en el que los contenidos pedagógicos tienen gran importancia: Defiende la idea del hombre político fuerte —dictadura científica en manos de un Cronwell darwinista—; la instrucción gratuita y obligatoria; enseñanza politécnica; estudiosos pensionados para su perfeccionamiento en el extranjero; recursos educativos realistas y científicos; descentralización hasta llegar al sistema federativo de la Confederación española. Vieja idea republicana, que en plena fiebre de regeneración, seguirá apuntando como solución de todos los males (3).

En el ámbito cultural centralista, y en 1890, tenemos también una manifestación de este desaliento por lo español, un libro pesimista, desgarrado, que pretende abordar lo

(1) Pompeyo Gener: «Cosas de España. Hereíñas nacionales. El renacimiento de Cataluña». Barcelona. Juan Llorachs, 1903. Obra escrita en 1887 y reeditada por el éxito.

(2) Pompeyo Gener: Op. cit. pág. 223.

(3) Véase un proyecto de Constitución para una República Federal Ibérica incluyendo Portugal y Posesiones Africanas. Juan Eugenio Ruiz Gómez: «La salvación, el enriquecimiento moral y la felicidad de España». Madrid. Fernando Cao y Domingo Val, 1898.

hispanico con espíritu científico y objetividad: la obra de Lucas Mallada «Los males de nuestra Patria». Se ha intentado vincularla a la generación del 98 a través de Baroja, por mediación de Sebastián Baroja, ingeniero compañero de Mallada. Es este un libro de tintes sombríos en el que, entre otras cosas, su autor se preocupa de destacar la discutible riqueza de España, la situación precaria de nuestra nación respecto al movimiento intelectual europeo; el carácter e idiosincrasia españoles, muy poco aptos para un esfuerzo renovador: a) por su inferioridad física; b) por su «general afición a lo sobrenatural y maravilloso»; c) por la «loca fantasía que hace de los españoles grandes proyectistas y malos realizadores»; d) por la pereza y apatía; e) por el falso patriotismo, enemigo de todo sacrificio y esfuerzo individualizado; f) y por la ignorancia y la rutina, influyentes en el considerable atraso de la enseñanza (4).

Todos estos argumentos y con distinto tinte, unas veces **pesimistas**, otras veces en exceso **esperanzadores**, los van a repetir una pléyade de escritores aparecidos desde el instante mismo en que se produjeron los primeros albadonazos de la derrota; por eso vamos a esbozar muy esquemáticamente los argumentos de Mallada como anticipo de lo que va a tratarse en 1898:

- 1.º Situación deplorable en la enseñanza primaria desde el punto de vista material: 23.132 escuelas en 1880, casi el doble de las existentes en vísperas de la Ley Moyano, pero deplorables escuelas: por el estado de los locales; por las «condiciones en que los maestros se ven obligados a desempeñar su misión»; por «el mezquino y miserable pago del profesorado».
- 2.º Catastrófica situación desde el punto de vista moral: casi nulos los conocimientos que esa escuela transmite en artes y ciencias, y más nula todavía la enseñanza práctica en nociones agronómicas; material paupérrimo; profesorado poco adecuado para intentar la apetecida renovación (7.695 carecían de certificado de aptitud); el 75 por 100 de los españoles privados del don de la lectura y la escritura.
- 3.º Deficiente, así mismo, la enseñanza superior; excesivos centros; poca dedicación a las ciencias y a la investigación.
- 4.º Crasa ignorancia de la mujer española, tanto más lamentable cuanto más era de reconocer su influencia en la vida nacional: sólo un 8 por 100 de letradas, con ligeras oscilaciones regionales; educación por otra parte torcida, que la ha convertido en el ser más rezador y devoto de toda la cristiandad.

DEL DESALIENTO DEL DESASTRE A LA ESPERANZA

Tras la catástrofe, fueron pléyade los testimonios de que cundió el desaliento, al menos en los niveles más intelectuales del país. Produjo impacto el artículo anónimo de Francisco Silvela, publicado en «El Tiempo», cuyo título —«Sin Pulso»— dio pie a otras publicaciones, encaminadas a conseguir un cambio de actitudes. Apoyándose en unos versos de Isaías, animaba a los españoles a la sinceridad y al realismo.

De los Santos Oliver, periodista del regionalismo y testigo presencial, hablará de que en aquel clima de derrota se respiraban «auras letales de desaliento y tristeza», un tanto originadas por el divorcio existente entre España y Europa, por «nuestra ojeriza innegable contra el trabajo», causa del desmoronamiento de la «vida espiritual» (5).

Una situación emotiva que no admitía parangón, porque la Pedagogía anterior, y en relación con el Patriotismo, había descansado sobre el «continuo halago a la vanidad na-

(4) Lucas Mallada: «Los males de la Patria». Madrid, 1890.

(5) Miguel dels Sants Oliver Tolra: «La Literatura del desastre». Madrid. Ediciones Península, 1974. Páginas 63-66.

cional» (6). Situación de inconsciencia y de inoperancia vista por Fernández Almagro, cuando llama a los años posteriores a la Restauración de «enorme calma chicha» (7).

Las Cámaras de Comercio, esfuerzo casi espontáneo de la despensa que mira a la escuela, también efímero y del que luego hablaremos; la descripción de la crisis por Pí y Margall, exigiendo como remedios amor al trabajo, estímulo a la investigación, más colegios, enseñanza realista, educación de adultos; los postulados de Echegaray a favor de una reforma con un sentido más individualista (que cada uno haga lo que pueda, pero que se esfuerce y afane); y sobre todo, un clima de Sociología y Positivismo, descrito por Silió, que justifica suficientemente ese anhelo, manifestado por tantos pensadores, incluso Costa, —**España necesita un hombre**—. Las teorías de Tarde sobre la imitación, de Gustave Le Bon sobre la Psicología de las multitudes, llevan a buscar la salvación en un líder, porque no hay multitud sin jefe ni director; porque los males de España eran obra de la genticilla del Gobierno; porque todos los grandes remedios habían sido iniciados por uno o pocos hombres; y porque si necesitábamos una dirección nueva, ésta había de ejercitarse sabiamente desde el poder, cambiando sobre todo, y radicalmente, nuestra viciosa educación (8).

Y contamos en ese momento hasta con la ayuda de poetas y poetisas, capaces de adivinar todavía para el futuro de España la posibilidad de «cumplir altos destinos», si se hubiera avenido a aceptar como campo de batalla «la escuela, y el taller y el surco», saliendo de su «aislamiento secular» (9). Que cantaban con versos encendidos para despertar de su letargo a la juventud hispana y apartarla de la «senil masedumbre» (10). O que, siguiendo en la línea de ese optimismo que intentaba combatir Mallada, se apoyaban en unos estímulos todavía muy endeble: los «recursos de la feliz agricultura», que prometía «veneros de grandeza», o los de la «celestial poesía», que enciende el «alma en entusiasmo santo» (11).

LA REFORMA DE LA EDUCACION EN EL INTENTO DE RENOVAR LA ECONOMIA

En 1898 existía en nuestra Nación una moral muy baja y una economía quebrantada. En 2.608.487.000 cifraba Fité la deuda de España al finalizar el ejercicio 1898-1899, lo que le da pie para intentar una mejora reduciendo a 25 millones, los poco más de 40 que se dedicaban a obligaciones eclesiásticas. De esta manera divulga la desproporción existente entre los sueldos del sacerdote rural y el de los prelados, que en algunos casos llegaban a las 40.000 pesetas anuales (12).

Leoncio Rodríguez (13) nos ofrece una variada distribución de la Deuda, que justifica alguna de las peticiones efectuadas por las Asambleas económicas: que se unifique la Deuda. A más de diez mil millones se elevaría la del Estado, acumulando los cuatro tipos de Deuda considerados.

Cifras que contrastan onerosamente con la distribución del gasto público de la Nación. De los 761 millones que figuraban en el presupuesto, sólo unos 78 se dedicaban a todo lo que constituía «los elementos de vida de la Nación»: conservación de Museos, enseñanza, Bellas Artes, pero también Comercio, Agricultura y Caminos de Hierro, cifra con que solía pagarse el esfuerzo electoral de los caciques (14). Constituyendo un contraste

(6) Dels Sants Oliver: Op. cit. pág. 76.

(7) Fernández Almagro: «Vida y obra de Angel Ganivet».

(8) César Silió: «Problemas del día». Con un prólogo de G. Tarde. Madrid. Librería de Victoriano Suárez, 1900.

(9) Gaspar Núñez de Arce: «¡Sursum corda!». Madrid. Librería de Mariano Murillo y Librería de Fernando Fe, 1900.

(10) Emilio Fernández Vaamonde: «Después del desastre». Madrid. Imprenta de Fontanet, 1899.

(11) Emilia Ranero de Ramayán: «La resurrección de España. Sobre el sepulcro de Colón». Línea de la Concepción. Imprenta Liberal, 1899.

(12) Vital Fité: «Las desdichas de la Patria». Madrid. Imprenta de Enrique Rojas, 1899.

(13) Leoncio Rodríguez: «Hacienda Pública y reconstitución nacional». Madrid. Imprenta de CORRESPONDENCIA MILITAR, 1899.

(14) Marqués de Torre Hermosa: «¿Nos regeneramos?». Madrid. Est. Tipográfico Suc. Rivadeneyra, 1899.

comparativo tan agravante, que justifica la gran proeza de las Cámaras de Comercio al asociar lo económico y lo educativo en una empresa de regeneración.

El 1.º de septiembre de 1898 la Cámara de Comercio de Cartagena invitaba, mediante un Manifiesto, a todas las demás de España, para celebrar en Madrid una Asamblea general, y estudiar en ella los remedios para la triste situación española.

Y esa Asamblea se celebró en Zaragoza del 20 al 27 del mismo año, y en ella el señor Paraíso habla de regenerar el país. En el grupo de discusiones abundan por esta vez más los temas de renovación política y administrativa, dirigiéndose duros ataques contra el sufragio universal. Para algún periodista famoso de la época, la actuación de las Cámaras de Comercio que ahora se inicia, representan para España, lo que los Estados Generales fueron en su día para Francia (15).

No obstante, en esta primera actuación mercantil, aún se introdujeron una serie de objetivos o conclusiones específicamente pedagógicos: enseñanza elemental, gratuita y obligatoria; más realismo y profesionalidad en la enseñanza; reducción del número de Universidades y creación de escuelas de Agricultura; evitar los abusos en materia de libros de texto. Pues debieron ser tan grandes estos desórdenes, que para algún autor eran los instrumentos bibliográficos la causa principal de todos los males de la Patria (16).

Pero a pesar de esa llamada de atención, esta primera Asamblea fue la más eminentemente económica.

El 13 de noviembre de 1898, y firmado en Barbastro, un Mensaje de la Junta Directiva de la Cámara Agrícola del Alto Aragón convocaba a una Asamblea que efectivamente se celebró del 15 al 21 de febrero del año siguiente. En ella se constituyó una Liga Nacional de Productores en cuyo Directorio figuraba Costa. Y en su seno es donde aparecen una serie de postulados que constituyen el meollo de la Pedagogía costiana:

- Que el problema de la regeneración de España era pedagógico, tanto o más que económico.
- Que era preciso revalorizar la educación física y moral, para crear hábitos de cultura, honradez y trabajo.
- Que no había que olvidar la enseñanza obligatoria de un oficio, las excursiones, los campos escolar, los métodos intuitivos.
- Que urgía mejorar la condición material y moral del profesorado.
- Que era preciso imitar lo que en semejantes circunstancias habían hecho otras naciones, como Francia y Japón, enviando profesores y alumnos pensionados al extranjero.

Que detrás de todas estas directrices y postulados esté el espíritu de Costa es indudable. Tenemos como testimonio el impacto que le produjo su salida al extranjero con motivo de la Exposición Universal de París de 1889. Su espontánea intervención en la tercera sesión del Congreso Nacional Pedagógico de Madrid, de 1882, en el que refleja con todo entusiasmo la experiencia adquirida en la Institución Libre de Enseñanza (17). Su idea de europeización mantenida en sus escritos anteriores y posteriores: «Reconstitución y Europeización de España», y el Discurso pronunciado en los Juegos Florales de Salamanca en septiembre de 1901. Pensamiento justificado por Maeztu cuando decía: «A Costa debemos que sea Europa un ideal y no meramente una expresión geográfica» (18).

(15) Luis Morote: «La moral de la derrota». Madrid. Est. Tipográfico de G. Juste, 1900.

(16) «ESTAMOS ENVENENADOS POR LOS LIBROS DE TEXTO; Esos son los enemigos. Esos son los causantes de nuestros males», decía Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa de Asturias: «¡Alerta España! Lo que puede, piensa y quiere el Extranjero. ¡Español, delficate!». Madrid. Librería de Fernando Fe, 1899.

(17) Joaquín Costa Martínez: «Maestro, Escuela y Patria». Madrid. T. Costa, 1916. Págs. 167 y ss.

(18) Ramiro de Maeztu: «Debemos a Costa». Zaragoza. Tip. de Emilio Casañat, 1911, pág. 22.

Las Conclusiones de la Liga Nacional de Productores, pues, están teñidas del pensamiento de Costa, y Costa se entregó a esta labor de las Cámaras con un entusiasmo digno de toda loa. Porque estaba plenamente convencido de que una transformación profunda en el sistema educativo, produciría ipso facto una renovación en todas las estructuras económicas y sociales.

En el Discurso pronunciado el 19 de diciembre de 1898 en la Asociación de la Prensa de Valladolid, antes incluso de celebrarse la segunda Asamblea de Zaragoza, aseguraba que, de haberse tomado estas medidas 15 ó 20 años atrás, «la catástrofe no habría sobrenvenido» (19).

Lástima que cuatro años más tarde tenga que pronunciar con amargura: «Lo perdido, perdido, y Sagasta en el poder. Nada se ha renovado... La España de nuestros sueños, sola y desfallecida en medio de la noche» (20).

En medio se había producido la Asamblea de las Cámaras de Comercio de Valladolid, dirigida por Santiago Alba y Basilio Paraíso. Con un programa muy semejante a la de Zaragoza de ella surgió la Unión Nacional —a la que se adhirió Costa— y que inspiraba grandes esperanzas en un sector de la vida nacional, pues tenía entre sus objetivos influir en el Gobierno a través de presiones y peticiones.

LA REGENERACION Y EL MOVIMIENTO PEDAGOGICO NACIONAL

Paralela a esta preocupación económica de las Cámaras, amplios sectores educativos se hicieron eco de sus conclusiones, o marcharon al unísono de sus inquietudes. Nadie que yo sepa, se ha tomado la molestia de subrayar dos hechos importantes, y que, sin embargo, no estuvieron ocultos:

1.º La apertura del año académico 1898-99 en la Universidad de Oviedo es solemnizada con un Discurso académico de don Rafael Altamira, catedrático de Historia de Derecho (21). En esta pieza oratoria Altamira no hace más que dar a conocer al público estudiantil el contenido de un artículo publicado mes y medio antes en el Bol. de la Inst. Libre de Enseñanza (22).

En ambos trabajos Altamira pide: restaurar el crédito de nuestra Historia y devolver la fe al pueblo español; evitar, no obstante, una «resurrección de las formas pasadas»; atacar ese **desaliento** que domina a gran «parte de nuestros elementos intelectuales»; levantar el ánimo de la juventud para impedir que se abandone al pesimismo: «la regeneración nacional sólo puede ser obra de una minoría ilustrada».

2.º El segundo hecho está en íntima conexión con el primero. Altamira alude en sus trabajos a párrafos importantes de los «Discursos a la Nación Alemana» de Fichte, e incluso está muy influido por el tono y contenido de los mismos. Y hay que subrayar que a raíz del desastre, y en varios números de LA ESPAÑA MODERNA, fueron publicadas íntegramente dichas piezas oratorias, como si fueran de auténtica actualidad, y apelando a la concomitancia del problema.

Altamira había asignado a la Universidad española de aquel entonces una elevada misión: «la atracción de alumnos americanos... como uno de los más seguros medios de conservar en aquéllos la unidad de espíritu de la raza, y preservarlos de influencias que los desnaturalicen» (23).

Una larga cita que era preciso recoger íntegra para asociar a un fenómeno científico

(19) Joaquín Costa: «Reconstitución y europeización de España». Huesca. V. Campo, 1924. Pág. 37.

(20) Joaquín Costa: «Los siete criterios del Gobierno». Madrid. Bibl. Costa, 1914. Págs. 20-21.

(21) «Crónica literaria» de E. Gómez de Baquero. LA ESPAÑA MODERNA. Año 10 N.º 119. Nov. de 1898. Págs. 149 y ss.

(22) Rafael Altamira: «El Patriotismo y la Universidad». BILE. Año XXII. N.º 462. Madrid, 30 de septiembre de 1898. Págs. 258 y ss.

(23) Rafael Altamira: «El Pat. y la Univer». Loc. cit. pág. 324.

que se da muy poco tiempo después: el Congreso Económico y Social Hispanoamericano, celebrado por iniciativa de la Unión Iberoamericana en 1900, y en el que, entre otras cosas, y en la sección de enseñanza, se aprobaron las siguientes conclusiones:

- Recomendar la celebración de una Asamblea pedagógica, para estudiar las bases sobre las que unificar la enseñanza en los países iberoamericanos.
- Establecer estrecha correspondencia entre todo el profesorado.
- Celebrar Congresos científicos.
- Reconocer la validez de estudios y títulos académicos.

Y es el caso que este Congreso produjo cierto impacto en amplios sectores internacionales. Los periódicos italianos dieron la voz de alarma «ante el temor de una influencia excesiva de España» (24). Algunos americanos —«The New York Herald»— lo enjuiciaron como un auténtico fracaso, con poca participación auténticamente americana, fiel respuesta a una petición de USA a la Reina para que se abstuviesen los congresistas de dar a las reuniones un carácter político (25). Todo ello manifiesta que muy próximo a la pérdida de las colonias se produjo un movimiento de cultura hispánica, que también le fue regateado a nuestra Nación.

Lo cierto es que si el Gobierno de fines del XIX hubiera hecho caso a tantos intelectuales como se pronunciaron a favor de la transformación del sistema educativo, hubiéramos abordado el nuevo siglo con cauces pedagógicos auténticamente pedagógicos, como quería Costa.

La pléyade de críticas, proyectos, análisis estadísticos de carácter más o menos repetitivo, siguieron direcciones muy diversas.

1. La crítica de Isern, conservadora, apunta, fundamentalmente, denostando la invasión de las ideas liberales, que todo lo habían corrompido: familia, moral, religión, trabajo, llegando a pronunciar una frase que encaja perfectamente con afirmaciones de un pensador político de nuestra preguerra —«la libertad de trabajo es la libertad de morirse de hambre que se concede al obrero»— (26).

2. En el lado opuesto se hallan:

a) Los que, al igual que Costa, censuraban el exceso de tradicionalismo y aislacionismo, nuestro atraso intelectual e intolerancia por «exclusivismo religioso» y «mal entendido patriotismo», que sólo podían remediarse con remedios auténticamente costianos: combatir la falta de educación, desarrollar la virtud del trabajo, la solidaridad internacional (27).

b) Los que, más pesimistas, dudan del poder de la educación:

- Porque se mueve y moverá en un círculo de ideas determinadas, en un condicionamiento dogmático, impuesto por la instrucción oficial (28).
- Porque en una auténtica línea de crítica al academicismo, la educación de la Universidad no podía ofrecer «a la juventud otra salida que la de embrutecerla con

(24) Adolfo Posada: «El Congreso Hispanoamericano». LA ESPAÑA MODERNA. Año 12. N.º 144. Diciembre 1900. Pág. 138.

(25) Juan Pérez Guzmán: «Revista de Revistas». LA ESPAÑA MODERNA. Año 12. N.º 144. Diciembre 1900. Páginas 152-153.

(26) Damián Isern: «El desastre nacional y sus causas». Madrid. Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1899. Pág. 18.

(27) Rafael M. Labra: «El pesimismo de última hora». Madrid. Tipografía de Alfredo Alonso, 1899. Páginas 12-16.

(28) Félix de la Torre Eguía: «Conferencia pronunciada el sábado 3 de febrero de 1900 en el Círculo Republicano Federal de Madrid». Madrid. Tipografía Moderna, 1900. Pág. 6.

el latín y el griego», frustrándola y sumiéndola en una parálisis intelectual y moral, donde no tenían cabida las ideas (29).

- Porque los españoles, de entonces por lo menos, no estaban persuadidos de la importancia de la enseñanza pública (30).
- Y porque poseían los españoles tal inferioridad intelectual, que, tanto los estudiantes de Instituto, como los de Universidad, sólo se consideraban «candidatos a empleos públicos» (31). Razón por la cual, en el extranjero de cada 100 hombres públicos eminentes, 80 poseían un brillante historial académico, en España la proporción era totalmente inversa, triste contraste entre la opinión pública y la pedagogía oficial, que concedía tan poca importancia al espíritu de investigación y a la obra científica. La didáctica al uso, con sus procedimientos expositivos, resultaba tan rutinaria que «con repartir nueve fonógrafos con nueve cilindros perfectamente impresionados, entre las nueve Universidades de España, se tendría resuelta la cuestión» (32).

Esta actitud del hombre público ante la Ciencia y la investigación, es la que paralizaba a los gobiernos y les impedía intentar renovación alguna, pues como decía Madrazo a los gobernantes: «demasiado comprendéis que la instrucción de nuestro pueblo está en razón inversa de vuestro poder» (33).

- c) Los que, también con Costa, tenían una gran fe en la educación como inversión, y la consideraban causa principal, tanto de males reales, como de futuros remedios:
- Como Posada, profesor de la Universidad de Oviedo, que en la línea de ese regeneracionismo económico veía en el «problema de la enseñanza el problema primero de nuestra tan manoseada regeneración nacional», hasta el punto de repetir la así mismo manoseada frase de que hay que «gastar en enseñanza sumas relativamente enormes» (34).
- Como Morote, para quien la cuestión de España estaba en las aulas y en las cátedras de ciencia positiva y experimental, único camino viable para abandonar el puesto de país más inculto de Europa, para conseguir lo cual existía un inmediato remedio: consagrar grandes cantidades en el presupuesto destinado a educación (35).
- O como todos cuantos echaron en falta la preparación científica y positiva; la educación más realista, activa e intuitiva; la tan apetecida y nunca lograda enseñanza obligatoria y gratuita.

MACIAS PICAVEA Y EL REGENERACIONISMO

En esta tendencia a favor del regeneracionismo pedagógico se encuentra un hombre que no sólo no debe ser silenciado, sino que exige un lugar aparte y destacado; pues aunque manejó cifras y conceptos que fueron la obsesión de un gran número de intelectuales pertenecientes a este movimiento, lo hizo con cierta autonomía y entidad propia.

Nos referimos a Ricardo Macías Picavea, catedrático de Instituto, primero de Psico-

(29) Ramiro de Maeztu: «Hacia otra España». Madrid. Rialp, S. A., 1967. Págs. 33 y 55.

(30) Miguel de Unamuno: «De la Enseñanza Superior en España». REVISTA NUEVA. Vol. I. 5 de febrero o 5 de agosto de 1899. Pág. 83.

(31) Antonio Royo Villanova: «La regeneración y el problema Político». REVISTA CONTEMPORANEA. Año XXV. Tomo CXIII, 1899. Pág. 114.

(32) Miguel Santos Oliver: «Entre dos Españas» (crónicas y artículos). Barcelona. Gustavo Gili, 1906. Páginas 31 y ss.

(33) Doctor Madrazo: ¿El pueblo español ha muerto? Impresiones sobre el estado actual de la Sociedad española. Santander. Imp. y Enc. de Blanchard y Arce, 1903, pág. 64.

(34) Adolfo Posada: «Política Pedagógica». LA ESPAÑA MODERNA. Año 12. N.º 139, 1900. Pág. 72.

(35) Luis Morote: «El pulso de España». Madrid. Est. Tipográfico de Ricardo Fe, 1904.

logía, Lógica y Ética de Tortosa; después en Valladolid, donde explicó Latín y más tarde Geografía e Historia de España; autor de un estudio crítico de la Instrucción Pública en España (36), y de un tratado analítico de la situación de la Península, que el autor escribió paralelamente a la gran crisis del país ante la pérdida de sus colonias, y que se publicó el año mismo de su muerte, poco tiempo después de celebrarse la gran Asamblea de las Cámaras de Zaragoza en febrero de 1899 (37).

No representa nada nuevo ni distinto. Lo que dice Picavea dicho está por la Institución Libre de Enseñanza, por Costa o por las Asambleas. Pero lo dice desde el terreno mismo de la educación militante y ello representa un arma de dos filos: 1) porque conoce mejor los fallos de las tareas escolares y del sistema, y su exposición pudo representar para muchos deslealtad. 2) porque cuando buscó remedios a la docencia maltratada, semeja un reivindicador agraviado, parte interesada en un problema, que no siempre fue claramente visto por todos.

Macías Picavea es fundamental y radicalmente un pesimista que se esfuerza en demostrar los fallos con cifras muy manidas, pero voluminosas, más dispuestas para el desaliento y la inoperancia, que para otra cosa. Para sintetizar soluciones, que habían sido ensayadas en otros campos, aunque fuera el teórico de lo económico-social, o el práctico de la enseñanza privada.

Su pesimismo, por otra parte, dada su condición de docente, representa un grado elevado de honestidad.

1. Del sistema escolar docente, según él, no podía aprovecharse absolutamente nada: «La enseñanza pública en España es una tristísima mentira... Todo en ella es deficiencia, inadecuación. Nada es útil para nada» (38).

Hasta la profesión docente como actividad educativa, remunerada, era detestable: se contaba con un profesorado que tenía a la docencia como segunda fuente de ingresos, y en el que lo ordinario era encontrar **médicos, abogados** que veían en la cátedra «anuncio extra y decoroso para aumentar las respectivas clientelas» (39).

2. De los beneficiarios de esa educación, en quienes descansaba la esperanza del futuro, mejor era no hablar. Nada poseían del estudiante moderno —investigador, laborioso, lleno de vocación y entregado a sus propósitos— sino que representaban más bien una reminiscencia del pasado —disipado, holgazán, poblador de todos los garitos— y para el que se elaboraban cada año los célebres J.R.V. (Juan Remedios Vagos), extractos de todas las asignaturas, y base de títulos y certificaciones con las calificaciones más altas (40).

3. Y junto a los elementos personales:

- a) los materiales —el edificio, los instrumentos— escuelas que en su mayor parte parecían cuadras; viejos edificios hasta en enseñanza media, constituidos por cuatro salas, pasillos y galerías, con un mediano corral, y una sala para depósito de material jamás usado, importado de París, y catalogado bajo la etiqueta de «Articles pour l'Espagne».
- b) Los formales, la metodología, abusiva en recursos expositivos y en contenidos libresco, verbalistas, teóricos, con carencia de toda acción educadora, y en absoluta desconexión con la realidad. Y pone como ejemplo el de las ingenierías, que se elaboraron bajo los mejores auspicios de productividad, practicismo y saber utilitario positivo, y para los que Macías Picavea, sin duda alguna es en exceso intransigente. Dirigidas las fábricas barcelonesas al principio por técnicos

(36) Ricardo Macías Picavea: «Apuntes y estudios sobre la Instrucción Pública en España y sus reformas». Valladolid. Imp. y Lib. Gvirla, 1882.

(37) Ricardo Macías Picavea: «El problema Nacional: Hechos, Causas y Remedios». Madrid. Librería General de Victoriano Suárez, 1899.

(38) «Apuntes y estudios...», págs. 73-74.

(39) «El Prob. Nacional...», pág. 140.

(40) «Apuntes y estudios...», pág. 78.

extranjeros, cuando se verificó el natural relevo, y a un plazo de distancia de tan sólo una semana, se pararon los telares, y no volvieron a funcionar sino cuando el ayudante o práctico de la anterior plantilla intervino en su remedio. Y precisó para ello no más de media hora.

4. Y ataca, finalmente, el clima político de todo este gran desastre pedagógico, que se tradujo en una serie de deficiencias, índice de la calidad de la enseñanza y hasta de la situación anímica. Resumen de efectivos:

- Una escuela para cada 560 habitantes, cuando en Francia había una para cada 400.
- Seis reales por habitante en el presupuesto de educación; la tercera parte de lo usual en naciones civilizadas.
- Unas muy elevadas cifras de analfabetismo: sabían leer y escribir no más del 28 por 100 de la población; el 4 por 100 sólo leer. Proporción que resultaba también inversa de la de Francia.
- Y las atenciones a una enseñanza positiva estaban de acuerdo con este panorama: las cátedras de Química sólo contaban con 50 pesetas anuales para los gastos de experimentación. Las de Medicina con 5.000 para atender a todas las necesidades.

En este contexto hay que situar la anécdota del Dr. Madrazo, que aunque tuviera como fondo la amargura política, no cabe duda de que se apoyaba en auténtica realidad. Catedrático de Barcelona, en posesión de una justa fama de sabiduría, no dudó en escribir al Director de Instrucción Pública pidiendo fondos para mejorar la clínica oficial, y ante una respuesta llena de excusas corteses y promesas, dejó radicalmente su cátedra (41).

Y el clima político de este gran desastre, contra el que braman todos cuantos lo analizan, lo describe Picavea con un colorido muy intenso: no es otro que una política de partido, caciquil, plena de una «ideología retórica, de doctrinarismos exóticos vacíos, rutinarios y ficticios»; política «quijotesca en la oposición... pancesca en el poder», y donde todas las fórmulas eran puramente verbalistas (42).

Desde estos aspectos analíticos pasa Picavea a la consideración de los remedios, subrayando todos los agravios comparativos que con el profesor se cometían. Y atacó el problema, no sólo subrayando el caso de lo universitario, la subsidiaridad de la docencia, sino sobre todo, recalcando, lo mal pagada que estaba la función. Treinta y nueve duros al mes (43) para un catedrático de Universidad era una cifra que se encontraba a considerable distancia del sueldo de los Magistrados en las 15 Audiencias establecidas, que percibían 8.500 pesetas anuales. Ligeramente incrementada la cifra del profesorado de la Universidad Central —4.000— resultaba agravante si se comparaba con las 3.250 que percibía el portero mayor de un Ministerio.

Y aquí entran como argumento definitivo, anterior a 1882, las Conclusiones del Informe presentado al Ministerio por el Instituto de segunda enseñanza de Valladolid, y al cual alude Picavea para reforzar sus afirmaciones: para remediar la situación pedagógica de la Patria, sólo tres cosas esenciales se precisaban: dinero, dinero, y dinero.

Para satisfacer todas las necesidades; para adaptar a la enseñanza moderna los edi-

(41) Luis Morote: «El pulso de España». Madrid. Est. Tipográfica de Ricardo Fe, 1904.

(42) Picavea: «El Prob. Nacional», pág. 247.

(43) En la convocatoria de vacantes, las plazas de Universidad se anunciaban con 3.000 pesetas anuales de remuneración, cifra que, sin embargo, resultaba muy censurable.

ficios; para la dotación de becas en número suficiente; para prácticas de taller y educación técnica; para traer a España sabios, y llevar al extranjero alumnos y profesores distinguidos.

Y de esta manera se podría conseguir una docencia en la que prevaleciesen: métodos activos y educadores; el realismo en la enseñanza, encaminado a mejorar la agricultura; la obligatoriedad de la enseñanza y una dedicación más efectiva (de sol a sol); el uso de excursiones y el montaje de Bibliotecas y Museos pedagógicos. Con una sola nota restrictiva: la necesidad de reducir a cuatro las Universidades del país, pero completas en las enseñanzas y bien dotadas en material.

El libro de Picavea, en síntesis, representa en buena parte el Libro Blanco de una Ley General de Educación, apetecida, pero nunca elaborada. Pues el intento de una Ley de Bases efectuado en 1876 para ampliar en lo posible los horizontes de la todavía vigente Ley Moyano, ni se habían llevado a la práctica, ni existían indicios de llevarse a efecto de un momento a otro (44).

LA PEDAGOGIA SOCIAL DE JOAQUIN COSTA

Si hubiéramos estudiado a Costa al principio —cosa perfectamente lógica— tal vez los restantes fenómenos y acontecimientos hubieran semejado una consecuencia. Nos hemos inclinado más bien a defender la idea de una auténtica conmoción histórico social, que afectó de modo intenso a toda una generación, y en ella Costa, con características muy singulares y acusadas:

1. Antes de la Restauración, en sus primeros escritos de todavía inquieto adolescente, y ante el gran impacto que le produjo la Exposición de París de 1867, se presenta como lo que siempre fue: un gran realista, que quiere mover a su pueblo mediante amplias misiones de carácter social: y propone utilizar al máximo los recursos de aquella sociedad, todavía desaprovechados: el Maestro, el Sacerdote y los Seminarios; la instrucción militar de los reclutas.

Entonces, cuando sólo contaba 18 años de edad, y ante el estupor del público que le escuchaba, lanza sus primeras llamadas de atención en torno al tema de la enseñanza de la Agricultura. Con la difusión de nuevas técnicas, España recobraría su antiguo esplendor, se elevaría sobre las demás naciones europeas. Y todo ello actuando desde la misma Escuela, utilizando como elementos renovadores los propios niños, buenos libros, y un clima de cooperativismo escolar (45). Y en esta idea se va a afianzar Costa, gracias a la lectura del también oscense Mor de Fuentes, y a otras fuentes: las Cartas de Cabarrús, Jovellanos, el «Fomento de la Población rural de España», de Fermín Caballero. Algunos de sus trabajos competitivos ponen de relieve esta vocación suya para conseguir una regeneración de la población rural. Así la *Memoria* que presentara a la Sociedad Económica de Amigos del País Madrileño sobre «Fomento de Educación Popular», o su estudio sobre «Colectivismo agrario», con el que concursó al premio «Fermín Caballero» en vísperas de la catástrofe, y que le fue regateado por un prólogo suyo que entonces se hizo famoso, y en el que se presenta teñido de un amargo pesimismo (46).

En la citada Exposición de París va a captar con toda su crudeza la decadencia de España, su rudeza y primitivismo, que le van a llevar a una de sus afirmaciones fundamentales: la necesidad de europeizar España. Allende las fronteras va a calibrar las di-

(44) Real decreto de 29 de diciembre de 1876, autorizando al Ministerio de Fomento para que presente a las Cortes un Proyecto de Ley de Bases para la formación de la Instrucción Pública. Boletín Oficial del Ministerio de Fomento. Año II. N.º 23. Jueves 25 de enero de 1877. Pág. 699.

(45) En «Maestro, Escuela y Patria», se recoge este primer trabajo suyo que procede de 1865.

(46) Es el prólogo a «La Ley del embudo», novela de Pascual Querol (Zaragoza, 1897) y en el que decía: «España ha muerto, y no resucitará al tercer día, ni al tercer año, ni al tercer siglo».

ferencias que nos separan de Francia, y las expresa en cifras: mientras al otro lado de los Pirineos existían entonces, y según sus cálculos, 57 periódicos científicos por cada uno de carácter político en nuestra Nación, las cifras se manifestaban al revés. Igual sucedía en alfabetización. Y llega a la idea de obligatoriedad de enseñanza, que él reboza de matices muy sociales, y aun socialistas:

- Cimentar el bienestar de los ciudadanos, para que se puedan dedicar al porvenir moral de sus hijos sin la preocupación del pan nuestro de cada día.
- Instruir directamente a los adultos para atacar el mal en su raíz y de modo inmediato (47).

Y es en la educación de adultos donde incluye los dos recursos a que anteriormente hemos aludido: 1) El empleo del clero como impulsador de la civilización, para lo que debía introducirse la Pedagogía en los programas formativos de los Seminarios Conciliares (48): Maestro y Sacerdote deben poner la economía al lado del Silabario y del Evangelio, en forma de azada o de Cajas de Ahorro (49). 2) La utilización del Ejército en pro de la alfabetización, a través de un cuerpo adecuado de instrucción militar.

Todo ésto constituyen las raíces del gran postulado pedagógico de Costa: Escuela y despensa, las dos llaves para abrir el camino de la regeneración española, y para realizar el cual era preciso incrementar los presupuestos nacionales destinados a enseñanza, para:

- Aumentar las plantillas de Maestros hasta alcanzar la cifra de 70.000 en 10, 12 ó 15 años.
- Elevar sus dotaciones económicas.
- Dignificar incluso la profesión docente.

¿Cómo se resolverían didácticamente los problemas planteados por un incremento tan masivo en la docencia? Aunque Costa, como veremos, va a estar al menos presente en el establecimiento de las primeras escuelas graduadas, sin llegar a esta solución organizativa, y rechazando de plano los sistemas mutuo y mixto, recomienda las soluciones más moderadas de los pupil-Teacher ingleses, o del élève-maitre francés. Soluciones en las cuáles, tras una formación general completa, los nuevos docentes permanecían cinco años para auxiliar al maestro en sus tareas.

La regeneración de España era un problema pedagógico que requería sumas enormes de dinero. Por eso, cuando después del desastre hace un análisis crítico de los presupuestos nacionales, y ve en ellos las cifras destinadas a indemnizaciones de guerra, utiliza una vez más aquellas frases del prólogo a la obra de Querol, y que tuvieron para los políticos ribetes de blasfemia. Seguían siendo —decía— no los presupuestos de una **España viva**, sino de una España muerta (50).

Las raíces de la idea de europeización —repetimos— están en la Exposición de 1867, y se le graban más en la mente a Costa considerando lo que en esa fecha España era capaz de ofrecer a las demás naciones. Nos recuerda con amargura cómo los organizados-

(47) J. Costa Martínez: «Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca». Huesca. Imprenta Antonio Arizón, 1868, pág. 15.

(48) Costa: «Misión del clero en el progreso». En «Maestro, Escuela y Patria», pág. 104.

(49) Costa: «El Maestro y el Sacerdote». Idem. Págs. 115-117.

(50) Joaquín Costa: «Tutela de pueblos en la Historia». Madrid. Biblioteca Costa. S.f. Pág. 332.

res habían presentado en el Pabellón español como símbolo un toro de lidia disecado con todas las señales de la pica y las banderillas, la espada y la ausencia del yugo (51).

2. ¿Qué supone en el pensamiento de Costa esa idea de europeización? ¿Qué había en Europa digno de ser imitado? Como dice Maeztu una serie de aspectos cuantitativos que se reflejan en los objetivos y recursos de la propia educación. Europa era precisión, exactitud, lógica; era fuerza, laboriosidad, trabajo; libros, ferrocarriles, escuelas, rendimiento (52).

Y la idea de europeización fue repetida por él hasta la saciedad, en todos sus escritos y discursos más representativos. Si acepta intervenir en los Juegos Florales de Salamanca —activamente que en general califica de ñoñería— es para conmover y conmocionar la mente del público, insistiendo en esa su idea fundamental. Y quiere que se adquiera el nuevo espíritu de modo tan firme, que a veces sospechamos si Costa no piensa en una especie de auténtico lavado cerebral. Hay que refundir al español en el molde europeo (53); envolviendo el cerebro y saturándolo de ambiente europeo; entregándose los españoles con tal afán al servicio de la culturalización que pueda algún día sustituirse la expresión del código —defender la Patria con las armas en la mano— por esa otra regeneracionista de salvaguardarla **con los libros en la mano** (54).

Pero la europeización suponía también un cambio doctrinal importante. Costa acepta de Darwin que la decadencia de España se debía al celibato eclesiástico y a la intolerancia religiosa. Y de acuerdo con el positivismo dominante y con la ILE apunta con intensidad: hacia la neutralidad religiosa; la educación física y moral; el incremento de la edad en la obligatoriedad de enseñanza; educación popular...

Respecto al procedimiento, podemos decir que está en el mismo recurso que había contribuido a su propia transformación: traspasar las fronteras y formarse en el extranjero, utilizando para ello las ayudas a profesores y alumnos, y sobre todo la creación de colegios que a semejanza del de Bolonia mantuviera auténticas colonias de españoles en las principales Universidades. Según él era la mejor manera de reintegrar a España en Europa, sin dejar de ser España.

3. El último punto específico, uno de los que quizás más han difundido los comentaristas, es el de la postura de Costa frente a la tradición.

Respecto al pasado, Costa, experto en Historia, que como tal desempeñó esa docencia en las aulas de la Institución Libre de Enseñanza, que concursó a cátedras de Universidades del Estado, tiene una drástica solución: la del cerrojazo. «Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar», es el lema que hizo estampar en la Cámara Agrícola del Alto Aragón, y que recuerda —sarcasmos del destino— en esos Juegos Florales de 1901 en Salamanca, después que un poeta tradicionalista —Gabriel y Galán— ofendiera al público su poesía galardonada, precisamente «El Ama», encendido canto a la tradición.

Frente al sepulcro del Cid o de Colón, existía una nueva Covadonga o un nuevo San Juan de la Peña: la Escuela que mira a la despena. Al igual que Unamuno, que también quería la muerte de Don Quijote, para el renacimiento de Alonso Quijano el Bueno, cuidador de su propia hacienda.

(51) «Ideas apuntadas...», pág. 73.

(52) Ramiro de Maeztu: «Debemos a Costa». Zaragoza. Tip. de Emilio Casañat, 1911. Pág. 126.

(53) Joaquín Costa: «Los siete criterios del Gobierno». Madrid. Biblioteca Costa, 1914.

(54) Último discurso político pronunciado el 12 de febrero de 1906 en el Teatro Pignatelli de Zaragoza. Contenido en «Los siete criterios del Gobierno».

(55) «Congreso Nacional Pedagógico. Actas de las sesiones celebradas...». Madrid. Librería de Gregorio Hernando, 1883. Págs. 119 y ss.

4. En la doctrina pedagógica de Costa quedan por considerar tres puntos, que no son exclusivamente suyos, pero que, sin embargo, completan el panorama de su pensamiento.

a) De la Institución Libre de Enseñanza toma sus ideas acerca de la **Intuición**. Aunque están recogidas en el libro «Maestro, Escuela y Patria», pertenecen a una de sus improvisaciones más felices, realizada en el Congreso Nacional Pedagógico de Madrid, de 1882. Ocupaba ese tema el tercer lugar dentro de los seis que constituían su programa, y fue desarrollado por el señor Álvarez Marina, Maestro de las Escuelas Públicas de Madrid, y que lo hizo de un modo un tanto racional y pedante, sin dar soluciones concretas, llegando a sostener como conclusión, que el método intuitivo era un tanto irrealizable por falta de medios económicos. Y las intervenciones fueron del mismo tono, hasta que Costa, irritado por la falta de entusiasmo en una cuestión que le parecía trascendente, intervino para exponer su opinión. Era tanto como divulgar las realizaciones de la ILE en excursiones, Museos, participación de miembros de la Sociedad en estas y otras actividades.

El mismo, y como profesor en dicho Centro, había dirigido desplazamientos didácticos a las entonces afueras de Madrid, para estudiar de visu el cultivo del olivo en la Moncloa, o la Escuela de Agricultura de la Florida.

Fue un tema tan de la Institución, que todo el debate a partir de la intervención de Costa sirvió, como dijo Giner de los Ríos, para cuestionar, más que el alcance del método discutido, el valor y eficacia de la propia ILE.

b) Su idea sobre la Universidad es algo que, como hemos visto, se encontraba inmerso en el ambiente: quería restaurar la autonomía de las Universidades, y era partidario de ampliar el influjo social de los Centros superiores de enseñanza, a través de la Extensión Universitaria. Al reducir su número, se destruía la vieja Universidad, «fábrica de licenciados y proletarios de levita», —algo semejante había dicho en su tiempo Balme; sobre sus escombros, levantar una enseñanza superior más realista, en que tuvieran entrada lo agrícola, industrial y mercantil (56).

Nos interesa destacar de Costa una afirmación que lo vincula muy íntimamente a los estudios superiores de Pedagogía: propugna el establecimiento de estas enseñanzas en las Universidades, a manera de seminarios, como en su tiempo se hacía, especialmente en Alemania (57).

c) Finalmente hay dos temas que no pueden silenciarse: el de la participación de Costa en la difusión de la Fiesta del Arbol, tan escolar, y su cooperación en el nacimiento de las escuelas graduadas.

Respecto a la Fiesta del Arbol, Costa ha merecido el calificativo de «apóstol de la repoblación forestal» (58), por haber resucitado una tradición que, según él arrancaba de 1805, muy mantenida en naciones civilizadas, y por haber propugnado el incremento de un millón de árboles al año, con la participación de las escuelas (59).

Como hombre eminente fue consultado cuando don Enrique Martínez Muñoz, de Cartagena, propuso en 1899 la organización graduada para conseguir una enseñanza educativa, que no dependiera de los sistemas al uso (mutuo y mixto). Y dio un informe favorable, aportando la idea de disponer locales cubiertos al aire libre para las enseñanzas técnicas.

(56) Joaquín Costa: «Reconstitución y europeización de España». Huesca. V. Campo, 1924. Pág. 232. (De una Conferencia pronunciada en 1900).

(57) «La Enseñanza Superior», escrito en 1899, y que figura en «Maestro, Escuela y Patria», pág. 348.

(58) Antonio Puig Campillo: «Joaquín Costa y sus doctrinas pedagógicas». Valencia. Sempere y Compañía, 1909, pág. 221.

(59) Joaquín Costa Martínez: «El arbolado y la Patria». Madrid. Bibl. Costa, 1912, pág. 14.

Y en esto termina un esbozo del pensamiento pedagógico de Costa, a quien han llamado **desconocido y fracasado**. Fue sin duda uno de los más fecundos escritores del XIX, a quien cabe comparar con Menéndez y Pelayo.

Ambos representan dos personalidades en contraste, cada una en su ribera, pero ambos totalmente volcados a conseguir los objetivos de su trabajo.

Estuvieron frente a frente en 1875 discutiéndose el premio extraordinario del doctorado en Filosofía y Letras, en un tema que apuntaba sobre todo hacia el pasado: «Doctrina aristotélica en la Antigüedad, en la Edad Media y en los tiempos modernos». De cuya discusión salió triunfante el polígrafo santanderino.

Y para que el contraste sea más acabado, nos permitimos decir, que si Costa tuvo el desplante de sus famosos Juegos Florales de Salamanca, Menéndez y Pelayo no anduvo manco en su sonado brindis del Retiro, con motivo del centenario de Calderón en 1881.